

“Muy buenas noches”: México, la televisión y la Guerra Fría

Celeste González de Bustamante.
“Muy buenas noches”: México, la televisión y la Guerra Fría.
Fondo de Cultura Económica, 2015. México, 274 pp.

Lily Darinka Ramos

Escuela Nacional de Antropología e Historia

¿Se puede poner en duda el estrecho vínculo entre los medios de comunicación y el gobierno? La respuesta de Celeste González es un no inmediato. Pero, ¿es igual de sencillo responder acerca de la manera como se expresa esta relación en contextos históricos específicos? A esta cuestión le dedica un libro de más de 200 páginas.

“Muy buenas noches”: México, la televisión y la Guerra Fría es una invitación a explorar la compleja relación que Telesistema Mexicano, antecedente de lo que hoy es Grupo Televisa, mantuvo durante la segunda mitad del siglo xx con el Estado mexicano, intereses extranjeros de diversa índole y su audiencia. La autora se interesa por estudiar la forma en que la televisión, a través de los noticiarios, se consolidó como una gran máquina constructora de sentido político, económico y social.

González de Bustamante ejerció como reportera y conductora de noticias. Es profesora en la Escuela de Periodismo y en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Arizona, donde obtuvo el grado de doctora. Se especializa en periodismo fronterizo de México y Estados Unidos, escritura de guiones para programas de noticias en televisión y realiza investigación sobre la historia y el desarrollo de los noticiarios televisivos en América Latina.

El texto sintetiza armónicamente la trayectoria académica de la autora: sus principales fuentes son guiones de noticias; uno de los ejes de reflexión con mayor presencia en el libro es la relación México-Estados Unidos durante la Guerra Fría a partir del análisis de las notas periodísticas transmitidas en el país entre 1954 y 1970 y, sobre todo, es un esfuerzo importante por hacer patente el carácter histórico de la televisión, un medio de comunicación que

se masificó y sofisticó de manera paulatina y cuyo empoderamiento sólo puede explicarse dentro de un proceso histórico más amplio.

Son siete los capítulos que conforman el libro. En el primero, González de Bustamante presenta un panorama general del escenario histórico en el que surge Telesistema Mexicano, los mecanismos a partir de los cuales inicia su colaboración con el gobierno de la época y la forma en la que los intereses de Estados Unidos influyeron en este medio de comunicación, no sólo en busca de un beneficio económico por la venta de tecnología en telecomunicaciones, sino también con la pretensión de incidir en la opinión pública del país.

En el apartado sucesivo analiza la importancia de los primeros noticieros televisivos que, lejos de ser insignificantes, representaron la posibilidad de afianzar una identidad mexicana oficialista a partir de la generación de lo que la autora denomina como “teletradiciones”, contenidos televisivos en los que periodismo y espectáculo se empalman para construir comunidades y consensos imaginarios.

Los siguientes capítulos examinan la manera como destacados procesos históricos fueron tratados por los noticieros estelares de la televisora. Entre ellos se incluyen el movimiento ferrocarrilero en los años cincuenta, la Revolución Cubana, el movimiento estudiantil de 1968, los Juegos Olímpicos del mismo año y la Copa Mundial de Fútbol de 1970. A partir de estos casos la autora busca desentrañar la complejidad de las relaciones entre televisora, gobiernos y espectadores.

La tesis que defiende González de Bustamante a lo largo de la obra es que, si bien existió una estrecha colaboración entre Telesistema Mexicano, el PRI y ciertos intereses estadounidenses, el papel de la televisora no fue el de un títere o de un simple y obediente vocero de las versiones oficiales. La empresa impuso ciertos límites, decidió qué le convenía más, ensalzar actos políticos para mantener sus vínculos con el poder o priorizar la producción de contenido de entretenimiento que le representaba mayores ganancias económicas. En síntesis: ser una televisión estatal o comercial.

Desde la perspectiva de la investigadora, los espectadores de la época tampoco tuvieron una reacción pasiva ante los medios masivos de comunicación, pues no se limitaron a consumir la información que recibían, fueron participantes activos y comprometidos en la tarea de asignar un significado a lo que veían. Consciente o inconscientemente, la televisión hizo evidente que tanto en la sociedad mexicana como en la realidad mundial existían tensiones.

Un aspecto que debe reconocerse es el método de yuxtaposición que la autora utiliza al abordar los tópicos. González de Bustamante no analiza los

casos de forma aislada, los vincula con otros temporal, espacial o temáticamente cercanos. Esto le permite observar con mayor claridad las diferencias, mostrar las contradicciones en las que se vio envuelta la televisora al cubrir ciertas notas y reflexionar acerca de los intereses que estaban en juego.

En este sentido, son dos los capítulos que llaman la atención. El tercer apartado donde la autora se da a la tarea de reflexionar acerca de la forma como la televisión dio cobertura a procesos de rebeldía social durante la década de los cincuenta. Compara el tratamiento televisivo del movimiento ferrocarrilero mexicano con el de la Revolución Cubana. Mientras los inconformes extranjeros fueron vistos como verdaderos héroes, los nacionales fueron presentados como una grave amenaza a la estabilidad del país. Este caso evidencia los cambios en la política exterior mexicana expresada en la televisión, pues con el avance de la Guerra Fría, México debió matizar sus opiniones sobre Cuba para evitar un conflicto con Estados Unidos.

El sexto capítulo tampoco pasa desapercibido. En éste, González de Bustamante analiza cómo la televisión construyó y difundió parámetros para explicar a la juventud mexicana de finales de los años sesenta. Los casos comparados están separados por diez días y tienen como protagonistas a los jóvenes: el movimiento estudiantil y las olimpiadas de 1968. El joven ideal de la televisión no fue el estudiante preocupado por su realidad social, sino el deportista cazador del triunfo personal.

En este punto me gustaría detenerme para hacer algunos comentarios acerca de la selección y tratamiento de las fuentes. La autora se vale de una variedad y riqueza de recursos impresionante para confeccionar su texto: guiones televisivos, imágenes, fragmentos de video, documentos de archivo, periódicos, libros y entrevistas.

El trabajo de archivo se llevó a cabo tanto en la Ciudad de México como en Estados Unidos. Destacan el National Security Archive en Washington, el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México y los archivos de Telesistema Mexicano, que se caracterizan por ser un tanto herméticos. Conseguir el acceso al material de estos últimos es el gran acierto de su investigación.

En lo que respecta a las fuentes necesarias para analizar la perspectiva del espectador hay un problema importante: son muy difíciles de hallar. No existen grandes registros, pues en esa época no se realizaron sondeos de opinión pública o encuestas de forma recurrente. Para llenar estos huecos se requiere especular un poco. Considero que ésta es una clara limitante en el trabajo de la autora.

Un último punto que me gustaría comentar es la interesante amalgama entre historia y periodismo presentada en el texto. Invita a los historiadores

a replantearse la relación con el quehacer periodístico en ambos sentidos, los aportes que hace el método histórico al periodismo y las herramientas que el periodismo puede ofrecer a la historia.

En conclusión, es un texto sencillo que puede seguir sin dificultad un lector no especializado en el tema. Ofrece elementos básicos para entender el proceso a través del cual la televisión consiguió un lugar como autoridad cultural en la sociedad mexicana, los límites de su hegemonía y su función diplomática entre 1950 y 1970. Conocer el comportamiento de los medios de comunicación durante este periodo es esencial para comprender el papel cada vez más significativo que jugó la comunicación de masas en la vida cotidiana de los mexicanos, es necesario para entender la privilegiada posición de la que gozan en la actualidad.